

vez que estos riesgos son inseparables de la vida humana, ¿qué mejor cosa podemos hacer, que arrostrarlos en la época en que menos inconvenientes presentan?

Al paso que crece en edad, es mas estimable un niño, que al precio de su vida junta el de las tareas que ha costado, y con la pérdida de su existencia une él la idea de la muerte. Por tanto, vigilando sobre su conservacion, debe pensarse particularmente en el tiempo venidero, y armarle contra los males de la edad juvenil antes que á ella llegue; porque si crece el valor de la vida hasta la edad en que es útil, ¿no es desatino resguardar de algunos males la infancia para aumentarlos en la edad de la razon? ¿Son esas las lecciones del maestro?

Padecer en todo tiempo es el destino del hombre, y hasta el cuidado de su conservacion está unido con la pena. Por fortuna que en su infancia solo conoce los males físicos; males mucho menos crudos, mucho menos dolorosos que los otros, y que con mucha menos frecuencia nos obligan á renunciar á la vida. Nadie se mata por dolores de gota; solo los del ánimo engendran la desesperacion. Compadecemos la suerte de la infancia, mientras que debiéramos llorar sobre la nuestra. Nuestros mas graves males vienen de nosotros.

El niño grita así que nace, y su primera infancia se va toda en llantos. Para acallarle, unas veces le arrullan y le halagan; otras le imponen silencio con amenazas y golpes. O hacemos lo que él quiere, ó exigimos de él lo que queremos; ó nos sujetamos á sus antojos, ó le sujetamos á los nuestros, no hay medio; ó ha de dictar leyes ó ha de obedecerlas. De esa suerte son sus primeras ideas las del imperio y servidumbre. Antes de saber hablar, ya manda; antes de poder obrar, ya obedece; y á veces le castigan antes que pueda conocer sus yerros, ó por mejor decir, antes que los pueda cometer. Tan temprano infunden en este pecho novicio las pasiones que luego se imputan á la naturaleza, y despues de haberse afanado en hacerle malo, se quejan de que lo sea.

Así pasa un niño seis ó siete años en manos de mujeres, víctima de los antojos de ellas y del suyo propio;

y despues que le han hecho que aprenda esto y lo otro, quiero decir, despues de haber abrumado su memoria con palabras que no puede entender, ó con cosas que para nada le sirven; despues de haber sofocado su indole natural con las pasiones que en él se han sembrado, entregan este ente ficticio en manos de un preceptor que acaba de desenvolver el gérmen artificial que ya encuentra sazonado, y le instruye en todo, menos en conocerse, menos en sacar frutos de sí propio, menos en saber vivir y labrar su felicidad. Finalmente, cuando este niño esclavo y tirano, lleno de ciencia y falto de razon, tan flaco de cuerpo como de espíritu, es lanzado al mundo, descubriendo su ineptitud, su soberbia y sus vicios todos, hace que se compadezca la humana miseria y perversidad. Es una equivocacion, porque ese es el hombre de nuestros desvarios; muy distinta forma tiene el de la naturaleza.

Si quereis que conserve su forma original, conservádsela desde el punto en que viene al mundo. Apoderaos de él así que nazca, y no le solteis hasta que sea hombre; sin eso nunca lograreis nada. Así como es la madre la verdadera nodriza, el verdadero preceptor es el padre. Pónganse ambos de acuerdo tanto en el orden de las funciones como en su sistema, y pase el niño de las manos de la una á las del otro. Mas bien le educará un padre juicioso y de cortos alcances, que el maestro mas hábil del mundo, porque mejor suple el celo al talento que el talento al celo.

Pero los quehaceres, los asuntos, las obligaciones... ¡Ah, las obligaciones! sin duda que la de padre es la postrera (1). No hay por qué admirarse de que un hom-

(1) Cuando leemos en Plutarco que Caten el censor, que con tanta gloria gobernó á Roma, educó por sí mismo á su hijo desde la cuna, y con tanto esmero que todo lo abandonaba para estar presente cuando la nodriza, esto es, la madre, le arrullaba y le lavaba; cuando vemos en Suetonio que Augusto, señor del mundo que habia conquistado y que regia el propio, enseñaba el mismo á sus nietos á escribir, á nadar, y los elementos de las ciencias, y que los tenia siempre á su lado, no puede uno menos de reirse de las buenas gentes de aquellos tiempos, que se divertian en semejantes boberias, sin duda porque eran de muy corto ingenio para saberse ocupar en los graves asuntos de los grandes hombres de nuestro tiempo.

bre cuya mujer no se ha dignado criar á sus pechos el fruto de su union, se desdeñe de educarle. No hay pintura que mas embelese que la de la familia: pero un rasgo solo mal trazado desfigura todos los demás. Si á la madre le falta salud para ser nodriza, al padre le sobrarán asuntos para ser preceptor. Desviados, dispersados los hijos en pensiones, en conventos, en colegios, pondrán en otra parte el cariño de la casa paterna, ó por mejor decir, volverán á ella con el hábito de no tener apego á nada. Apenas se conocerán los hermanos y las hermanas. Cuando estén todos reunidos de ceremonia, podrán ser muy corteses entre sí, y se tratarán como estraños. Así que no hay intimidad entre los parientes, así que la sociedad de la familia no es el consuelo de la vida, es fuerza recurrir á las malas costumbres para suplirle. ¿Dónde hay hombre tan estúpido que no vea los eslabones de la cadena?

Cuando un padre engendra y mantiene á sus hijos, no hace mas que el tercio de sus funciones. Debe á su especie hombres; debe á la sociedad hombres sociables; y debe ciudadanos al Estado. Todo hombre que puede satisfacer esta triple deuda y no lo hace, es culpable, y mas culpable acaso cuando la paga á medias. Ningun derecho tiene para ser padre quien no puede desempeñar las funciones de tal. No hay pobreza, trabajos, ni respetos humanos que le dispensen de mantener á sus hijos y educarlos por sí mismo. Puedes creerme, lector; á cualquiera que tenga entrañas y desatienda tan sacrosantos deberes, le pronostico que derramará largo tiempo amargas lágrimas sobre su yerro, y que nunca encontrará consuelo.

¿Pero qué hace ese rico, ese padre de familia, tan atareado y precisado, segun dice, á dejar abandonados á sus hijos? Paga á otro para que desempeñe afanes que le son gravosos. ¡Pecho venal! ¿Crees que con dinero das á tu hijo otro padre? Pues te engañas, que ni siquiera le das un maestro; ese es un sirviente y presto formará otro como él.

Mucho hay escrito acerca de las dotes de un buen ayo; la primera que yo requeriria, y esta sola supone otras muchas, es que no fuese un hombre vendible.

Profesiones hay tan nobles que no es posible ejercitarlas por dinero, sin mostrarse indigno de su ejercicio; así es la del guerrero, así es la del institutor. ¿Pues quién ha de educar á mi hijo?—Ya te lo he dicho; tú propio. —Yo no puedo.—¡No puedes!... Pues granjéate un amigo; no veo ningun otro medio.

¡Un ayo! ¡Qué sublime alma!... Verdad es que para formar á un hombre es necesario ó ser padre, ó mas que hombre. Esta es la funcion que con sosiego fiais á un asalariado.

Cuanto mas uno reflexiona, mas dificultades nuevas se le presentan. Seria necesario que hubiese sido educado el ayo para el alumno, los criados para el amo; que todos cuantos á él se acerquen hayan recibido las impresiones que le deben comunicar; y de educacion en educacion fuera necesario subir hasta no sé dónde. ¿Cómo es posible que un niño sea bien educado por uno que lo fué mal?

¿No es dable hallar este raro mortal? Lo ignoro. ¿Quién sabe en estos tiempos de envilecimiento, hasta qué grado de virtud se puede todavía encumbrar el alma humana? Pero supongamos que hemos hallado este portento. Contemplando lo que debe hacer, veremos lo que debe ser. De antemano se me figura que un padre que conociese todo cuanto vale un buen ayo, se resolveria á no buscarle, porque mas trabajo le costaria encontrarle que llegar á serlo él propio. ¿Quiere adquirir un amigo? Eduque á su hijo para que lo sea, y se excusa de buscarle en otra parte; ya la naturaleza ha hecho la mitad de la obra.

Uno, de quien no sé mas que su gerarquía, me propuso que educara á su hijo. Sin duda fué mucha honra para mí; pero lejos de quejarse de mi negativa, debe alabar mi prudencia. Si hubiera admitido su oferta y errado en mi método, la educacion habria resultado mala; al acertar con él, seria peor; su hijo hubiera renegado del título de príncipe.

Estoy tan convencido de lo grandes que son las obligaciones de un preceptor, y conozco tanto mi incapacidad, que nunca admitiré semejante cargo, sea quien buiera el que con él me brinde; y hasta el interés de la

amistad fuera para mí nuevo motivo de negarme á él. Creo que despues de leído este libro, pocos habrá que piensen en hacerme tal oferta, y ruego á los que pudieran pensarlo, que no se tomen ese inútil trabajo. En otro tiempo hice una prueba de esta profesion, que me basta para estar cierto de que no soy apto para ella, y aun cuando por mi talento fuera idóneo, me dispensaría de ella mi estado. He creído que debía esta declaracion pública á los que al parecer no me estiman lo bastante para creer que soy sincero, y voy fundado en mis determinaciones.

Sin capacidad para desempeñar la mas útil tarea, me atreveré á lo menos á probar la mas fácil; á ejemplo de otros muchos, no pondré manos á la obra, sino á la pluma, y en vez de hacer lo que conviene, me esforzaré á decirlo.

Bien sé que en las empresas de esta especie, el autor, á sus anchas siempre en sistemas que no se vé precisado á reducir á la práctica, da sin trabajo muchos excelentes preceptos de imposible ejecucion, y que, por no descender á menudencias y á ejemplos, aun lo practicable que enseña no se puede poner en planta por no haber mostrado la aplicacion. Por eso me he decidido á tomar un alumno imaginario, y á suponerme con la edad, la salud, los conocimientos y todo el talento que conviene para desempeñar su educacion, conduciéndola desde el instante de su nacimiento hasta aquel en que, ya hombre formado, no necesite mas guía que á sí propio. Paréceme útil este método para estorbar que un autor que de sí desconfia, se extravie en visiones; porque en cuanto se desvia de la práctica ordinaria, notiene mas que probar la suya en su alumno, y en breve conocerá, ó lo conocerá el lector, si no él, si sigue los progresos de la infancia y el camino natural del corazon humano.

Así he procurado hacer en cuantas dificultades se han presentado. Por no abultar inútilmente el libro, me he ceñido á sentar los principios cuya verdad á todos debe parecer obvia; y en cuanto á las reglas que podian necesitar pruebas, las he aplicado todas á mi Emilio, ó á otros ejemplos, haciendo ver muy circunstanciada-

mente, cómo se podia poner en práctica lo que yo habia asentado; este es á lo menos el plan que me he propuesto seguir: al lector compete decidir si le he dado cima.

De aquí ha resultado que en un principio he hablado poco de Emilio, porque mis máximas primeras de educacion, aunque contrarias á las usadas, son de tan palpable evidencia, que no es fácil que un hombre de razon les niegue asenso. Pero al paso que adelanto, mi alumno, conducido de otra manera que los vuestros, no es ya un niño ordinario y necesita un régimen peculiar para él. Sale entonces con más frecuencia á la escena; y en los últimos tiempos casi ni un instante le pierdo de vista, hasta que, por mas que él diga, no me necesite para la menor cosa.

No hablo aquí de las dotes de un buen ayo; las doy por supuestas, y supongo tambien que las poseo yo todas. La lectura de esta obra hará ver cuán dadivoso soy conmigo propio.

Solamente notaré, contra el dictámen general, que el ayo de un niño debe ser jóven, y aun tan jóven cuanto puede serlo un hombre de juicio. Quisiera hasta que fuera niño, si posible fuese; que pudiera ser compañero de su alumno, y granjearse su confianza, tomando parte en sus diversiones. Hay tan pocas cosas análogas entre la infancia y la edad madura, que nunca se formará apego sólido á tanta distancia. Los niños halagan algunas veces á los viejos, pero nunca los quieren.

Quisiera que el ayo hubiese ya educado á otro niño. Pero es demasiado; un mismo hombre no puede educar mas que á uno; si fuese necesario educar á dos para el buen logro, ¿qué derecho tuvo para encargarse del primer alumno?

Con mas experiencia sabria obrar mejor; pero ya no podria. Aquel que ha desempeñado una vez este cargo con el suficiente acierto para conocer todas sus penalidades, no queda con ánimo para volver á acometer la misma empresa; y si ha salido mal la vez primera, no es buen agüero para la segunda.

Convengo en que es muy distinto acompañar á un jóven por espacio de cuatro años, que conducirlo por espacio de veinticinco. Vosotros dais un ayo á vuestro hijo

ya adulto, y yo quiero que le tenga antes de nacer. Cada lustro puede el vuestro mudar de alumno, y el mio nunca tendrá mas que uno. Distinguis vosotros el preceptor del ayo: otro desatino. ¿Distinguis acaso el alumno del discipulo? Una sola ciencia hay que enseñar á los niños, que es la de las obligaciones del hombre.

Esta ciencia es única; y diga lo que quisiere Jenofonte de la educacion de los persas, no es divisible. Yo mas bien llamaré ayo que preceptor al maestro de esta ciencia, porque no tanto es su oficio instruir como conducir. No debe dar preceptos, debe hacer que los halle su alumno.

Si con tanto esmero se ha de escoger el ayo, facultad tiene este para escoger á su alumno, particularmente tratándose de un dechado que proponer. No puede barse esta eleccion sobre el ingenio y carácter del niño, que no se conoce hasta el fin de la obra, y que adopto antes que nazca. Si pudiera escoger, buscaria un entendimiento ordinario, como el que á mi alumno supongo. Solo los hombres vulgares necesitan ser educados; y sola su educacion debe servir de ejemplo para sus semejantes: los demás se educan á despecho de las contrariedades.

No es indiferente el país para la cultura de los hombres, que solo en los climas templados son todo cuanto pueden ser: en los climas extremados es visible la desventaja. Un hombre no es un árbol plantado en un país para no moverse de él; y el que sale de un extremo para ir al otro, se vé precisado á andar doble camino que quien sale del término medio para llegar al término mismo.

Si viaja sucesivamente á ambos extremos un morador del país templado, todavia saca evidentes ventajas, porque, aunque reciba las mismas impresiones que el que ha venido del otro extremo, se aparta no obstante la mitad menos de su natural constitucion. En Laponia y en Guinea vive un francés; pero no vivirá igualmente ni un negro en Tornea, ni un samoyeda en Benin. Tambien parece que no es tan perfecta la organizacion del cerebro en ambos extremos. La inteligencia de los europeos no la tienen los negros ni los lapones. Por eso,

si quiero que mi alumno pueda ser habitante de la tierra entera, le escogeré en una zona templada, por ejemplo, en Francia.

En el Norte consumen mucho los hombres en un terreno ingrato; en el Mediodia poco en un terreno feraz; de donde procede otra nueva diferencia que hace laboriosos los unos, y contemplativos los otros. En un mismo país nos presenta la sociedad la imágen de esta diferencia entre pobres y ricos; los primeros viven en el terreno ingrato, y los últimos en el fecundo.

El pobre no necesita educacion; la de su estado es forzosa, y no puede tener otra; por el contrario, la que por su estado recibe el rico es la que menos le conviene para sí propio y para la sociedad. La educacion natural debe, por otra parte, hacer al hombre apto para todas las condiciones humanas; menos racional es educar á un rico para que sea pobre, que á un pobre para que sea rico, porque á proporcion del número de ambos estados, mas ricos hay que empobrezcan que pobres que se enriquezcan. Así, escojamos á un rico; estaremos ciertos de haber hecho un hombre mas, mientras un pobre puede hacerse hombre por sí solo.

Por la misma razon, no sentiré que Emilio sea de ilustre cuna, que siempre será una víctima sacada de las garras de la preocupacion.

Emilio es huérfano. Nada importa que vivan su padre y su madre; encargado yo de todas sus obligaciones, adquiero sus derechos todos. Debe honrar á sus padres, pero solo á mí debe obedecer; esta es mi primera, ó mas bien, mi única condicion.

Tengo que añadir otra, consecuencia forzosa de ella; y es que no nos privarán á uno de otro sin nuestro consentimiento. Esta es cláusula esencial; y aun quisiera yo que el alumno y el ayo en tal manera se reputaran inseparables, que siempre el destino de su vida fuera objeto comun entre ellos. Así que contemplan, aunque remota, su separacion; así que prevenen el instante en que han de ser los dos extraños uno para otro, ya lo son, en efecto; cada uno forma su sistema aparte, y pensando ambos en la época en que no han de vivir juntos, están ya unidos contra su gusto.

Mira el discípulo al maestro como el azote de la niñez; el maestro no considera en el discípulo mas que una carga pesada, y solo ansia verse libre de ella; así de consuno aspiran á zafarse uno de otro; y como nunca hay entre ellos verdadero cariño, el uno tendrá poca vigilancia y menos docilidad el otro.

Pero si se miran como obligados á pasar juntos la vida, les importa hacerse amar uno de otro, y por lo mismo se aman en efecto. No se avergüenza el alumno de seguir en su niñez al amigo que ha de tener cuando sea hombre, y se interesa el ayo en los afanes cuyos frutos ha de coger, siendo todo el mérito que da á su alumno un fondo que pone á interés para su ancianidad.

Este tratado supone de antemano un parto feliz, y un niño bien conformado, robusto, y sano. El padre no puede escoger, ni debe preferir á ninguno de la familia que le dá Dios; todos sus hijos son igualmente hijos; á todos debe la misma solicitud, el mismo cariño. Sean ó no defectuosos, sean enfermos ó robustos, es cada uno de ellos un depósito, de que debe dar cuenta á la mano que se le ha dispensado; y el matrimonio es un contrato que se celebra con la naturaleza no menos que entre los cónyuges.

Empero aquel que se impone una obligacion á que no le ha sujetado la naturaleza, primero ha de cerciorarse de los medios de desempeñarla; de otro modo, habrá de dar cuenta hasta de lo que no pudo hacer. El que se encarga de un alumno endeble y enfermizo, trueca su cargo de ayo en el de practicante de hospital; malgasta en cuidar de una vida inútil el tiempo que habia destinado para aumentar su valor, y se expone á ver á una madre desconsolada, echarle en cara un dia la muerte de su hijo, que largo tiempo haya retardado.

No me encargaria yo de un niño enfermizo y achacoso aunque hubiese de vivir ochenta años; que no quiero un alumno siempre inútil para sí y para los demás, ocupado únicamente en conservarse, y cuyo cuerpo, perjudique á la educacion del alma. ¿Qué he de hacer yo consagrándole en balde todos mis afanes, si no es doblar la pérdida de la sociedad, y privarla de dos

hombres en vez de uno? Encárguese otro en buen hora de este enfermo; para bien sea: alabo su caridad, pero ese no es mi talento; yo no sé enseñar á vivir á quien solo piensa en resguardarse de la muerte.

Es necesario que para obedecer al alma sea vigoroso el cuerpo; un buen sirviente ha de ser robusto. Bien sé que la destemplanza excita las pasiones y al fin extenua el cuerpo; muchas veces las mortificaciones y los ayunos producen el mismo efecto por una razon contraria. Cuanto mas débil es el cuerpo, mas manda; cuanto mas fuerte, mas obedece. En cuerpos afeminados moran todas las pasiones sensuales; y tanto mas se irritan aquellos, cuanto menos pueden satisfacerlas.

Un cuerpo débil debilita el alma. De aquí proviene el imperio de la medicina, arte mas perjudicial á los hombres, que todas las dolencias que pretende sanar. Yo por mi no sé cuál es la enfermedad que curan los médicos; pero sé que nos las acarrearán funestísimas; la cobardia, la pusilanimidad, la credulidad, el miedo de la muerte, si sanan el cuerpo, matan el ánimo. ¿Qué nos importa que hagan andar cadáveres? Hombres son los que necesitamos, y no vemos que salga ninguno de sus manos.

La medicina es de moda en nuestro país, y debe ser así: es la diversion de personas ociosas y desocupadas, que no sabiendo en qué emplear el tiempo, le gastan en conservarse. Si por desdicha suya hubieran nacido inmortales, fueran los mas desventurados de los séres; y una vida que nunca temieran perder, no tendria para ellos valor ninguno. Esta gente necesita médicos que los amenacen para adularlos, y que cada dia les den el único gusto que son capaces de apreciar; el de no estar muertos.

No es mi ánimo esplayarme aquí sobre la vanidad de la medicina: mi objeto es considerarla solo por su aspecto moral. No obstante, no puedo menos de observar que acerca de su uso hacen los hombres los mismos sofismas que acerca de la investigacion de la verdad. Siempre suponen que el que visita á un enfermo le cura, y que el que busca una verdad la halla; y no ven que se ha de contrapesar la utilidad de una cura

que hace el médico, con la muerte de cien enfermos que mató; y las ventajas del descubrimiento de una verdad, con el daño que hacen los errores que al mismo tiempo se acreditan. La ciencia que instruye y la medicina que sana, son, sin duda, muy aventajadas; pero funestísimas la ciencia que engaña y la medicina que mata. Enséñennos á distinguirlas; esa es la dificultad. Si supiéramos ignorar la verdad, nunca nos seduciría la mentira; si supiéramos no querernos curar á despecho de la naturaleza, nunca moriríamos á manos del médico; ambas abstinencias serian puestas en razon y evidentemente ganaríamos sujetándonos á ellas. Yo no dispueto que la medicina sea útil á algunos hombres, pero sí afirmo que es perjudicial al linaje humano.

Me dirán, como siempre, que los yerros pertenecen al médico, pero que en sí misma, la medicina es infalible. Enhorabuena; venga pues la medicina sin el médico; porque mientras vengan juntos, cien veces mas riesgo hay que temer de los errores del artista, que sororro que esperar del arte.

Este arte falaz, mas adaptable á los males del ánimo que á los del cuerpo, no es mas útil para los unos que para los otros; no tanto nos sana de nuestras dolencias, cuanto nos infunde terror de ellas; no tanto aleja la muerte, cuanto hace que anticipadamente la sintamos; en vez de prolongar la vida, la gasta; y aun cuando la prolongase, todavia seria en detrimento de la especie, puesto que nos desprende de la sociedad por los afanes que nos impone, y de nuestras obligaciones por los susos que nos causa. El conocimiento de los riesgos es lo que nos los hace terribles; quien se creyera invulnerable, de nada tendria miedo. A fuerza de armar contra el peligro á Aquiles, le quita el poeta el mérito del valor; al mismo precio, cualquiera en su lugar habria sido Aquiles.

¿Quiéren hallar hombres de ánimo esforzado? Búsqúenlos en los países donde no hay médicos, donde se ignoran las consecuencias de las enfermedades y donde se piensa poco en la muerte. El hombre naturalmente sabe padecer con constancia y muere en paz.

Los médicos con sus recetas, los filósofos con sus preceptos, los clérigos con sus exhortaciones, son los que amilanan su ánimo y le desenseñan á morir.

Denme, pues, un alumno que no necesite de todas estas gentes, ó no le acepto. No quiero que otros echen á perder mis afanes; deseo educarlo yo solo ó no comprometerme á ello. El sabio Locke, que pasó parte de su vida estudiando la medicina, recomienda con eficacia que no se den remedios á los niños, ni por precaucion, ni por incomodidades ligeras. Yo voy mas adelante; y declaro que no llamando nunca al médico para mí, tampoco le llamaré para mi Emilio, á menos que se halle su vida en peligro inminente, porque entonces no le puede hacer mas mal que matarle. Bien se yo que el médico sacará fruto de esta tardanza: si muere el niño, será porque le han llamado muy tarde; si se restablece, él será quien le haya sanado. Corriente; alábase el médico, pero sobre todo no le llamemos hasta el lance extremo.

No sabiendo curarse, ha de saber el niño estar malo; arte que suple el otro y surte muchas veces mejor efecto; arte de la naturaleza. Cuando está malo el animal, padece sin quejarse y se está quieto; no se ven, empero, mas animales achacosos que hombres. ¡A cuantas gentes que hubieran resistido la enfermedad y sanado el tiempo solo, ha quitado la vida la impaciencia, el miedo, la zozobra y mas que todo los remedios! Diránme que como viven los animales de un modo mas conforme á la naturaleza, deben estar menos sujetos que nosotros á dolencias. Enhorabuena; ese modo de vivir es el que yo quiero prescribir á mi alumno; y debes sacar de él las mismas ventajas.

La higiene es la única parte útil de la medicina, y aun la higiene menos es ciencia que virtud. Los dos médicos eficaces del hombre, son la templanza y el trabajo; este aguza el hambre, y aquella le impide los hartazgos.

Para saber cuál es el régimen que mas conviene á la vida y á la salud, basta con saber cuál es el que siguen los pueblos que están mas sanos, son mas robustos y viven mas tiempo. Si no hallamos, en virtud de

las observaciones generales, que asegure á los hombres la práctica de la medicina salud mas fuerte y vida mas dilatada, por lo mismo que no es útil este arte, es perjudicial, puesto que emplea el tiempo, los hombres y las cosas sin ningun provecho. No solamente es perdido el tiempo que se gasta en conservar la vida para el uso de ella, y es necesario deducirle del útil, sino que cuando este tiempo se gasta en atormentarnos, es menos que nulo, es negativo; y para calcular bien, se ha de restar otro tanto del remanente. Mas vive para sí mismo y para los demás el que vive diez años sin médico, que el que ha vivido treinta victima suya. Habiendo hecho ambas pruebas, me creo con mas derecho que nadie para sacar esta consecuencia.

Estas son mis razones para querer que mi alumno sea robusto y sano, y mis principios para que se mantenga tal. No me pararé á probar con largas razones la utilidad de los trabajos manuales y los ejercicios corporales para fortalecer la salud y el temperamento; este punto nadie le disputa; los ejemplos de longevidad los ofrecen casi todos los hombres que mas ejercicio han hecho, y que mas fatigas y afanes han aguantado (1). Tampoco me extenderé á detallar la atencion que me merecerá esta materia sola; el lector verá que es tan indispensable en mi práctica, que basta penetrar el espíritu de ella para que no sean necesarias mas explicaciones.

Con la vida empiezan las necesidades. El recién-

(1) Presentaremos un ejemplo sacado de los periódicos ingleses, que refiero porque presenta muchas reflexiones relativas á mi asunto:

«Un individuo llamado Patricio Oneil, que nació en 1627, se acaba de casar en sétimas nupcias en 1760. Sirvió en dragones el décimoséptimo año del reinado de Carlos II, y en otros varios cuerpos hasta el año de 1740, que alcanzó su licencia. Se halló en todas las campañas del rey Guillermo y del duque de Malborough. Nunca ha bebido este hombre mas que cerveza comun; siempre se ha alimentado con vegetales, y no ha comido nunca carne, como no fuese en algunos banquetes que daba á su familia. Siempre acostumbraba levantarse y acostarse con el sol, á menos que se lo hayan estorbado sus obligaciones. Actualmente tiene ciento trece años, oye bien, disfruta salud y anda sin báculo. No obstante su avanzada edad, no está un instante desocupado, y va todos los domingos á su parroquia, en compañía de sus hijos, nietos y biznietos.»

nacido necesita una nodriza. En buen hora sea; si se allana la madre á cumplir con esta obligacion, se le darán por escrito sus instrucciones, utilidad que tiene en su contra, dejar al ayo mas distante de su alumno. Empero es de creer que el interés de la criatura y la estimacion de aquel á quien quieren fiar tan precioso depósito, harán que la madre sea dócil á los consejos del maestro; y de seguro que cuanto quiera hacer, lo hará mejor que otra ninguna. Si necesitamos de una nodriza estraña, empecemos escogiéndola bien.

Una de las muchas desventuras de las personas ricas, es que en todo las engañan. ¿Qué nos admiramos si forman tan errados juicios de los hombres? La riqueza es la que las corrompe, y en justo castigo son las primeras que reconocen el defecto del único instrumento que saben manejar. En sus casas todo va mal hecho, menos lo que ellas propias hacen; y casi nunca hacen nada. Si se trata de buscar una nodriza, hacen que se la busque el comadron. ¿Y qué resulta? Que la mejor es la que mas le ha pagado. No consultaré yo á un comadron para la de Emilio; tendré buen cuidado de escogerla por mi propio. Sobre este punto no disertaré acaso con tanta erudicion como un cirujano; pero ciertamente caminaré con mas buena fé, y menos me engañará mi buen celo que su avaricia.

No tiene mucho misterio esta eleccion; sabidas son las reglas; pero creo deberian poner algo mas atencion en el tiempo de la leche, como hacen en la calidad de ella. La leche nueva es toda serosa, y debe ser casi aperitiva para purgar las reliquias del meconio que queda espesado en los intestinos del recién nacido. Poco á poco toma la leche consistencia, y ofrece un alimento mas sólido al niño, ya mas fuerte para digerirla. Ciertamente que no sin objeto hace variar la naturaleza en las hembras de todas especies la consistencia de la leche segun la edad del recién nacido.

Necesitaria, por tanto, un niño recién nacido, una nodriza recién parida. Bien sé que esto ofrece inconvenientes; pero así que salimos del orden natural, todo tiene sus dificultades para obrar bien. La única salida cómoda es obrar mal; por eso esta es la que se escoge.

Seria necesario hallar una nodriza sana, no menos de corazón que de cuerpo; la destemplanza de las pasiones puede alterar su leche tanto como la de los humores; además de que atenerse meramente á lo físico es no ver más que la mitad del objeto. Puede ser buena la leche y mala la nodriza, que un buen carácter es tan esencial como un buen temperamento. Si se escoge una mujer viciosa, no digo que contraerá sus vicios el hijo de leche, digo sí, que se resentirá de ellos. ¿No le debe, además de la leche, solicitudes que exigen celo, paciencia, blandura y limpieza? Si es golosa y destemplada, en breve se extragará su leche; si es descuidada y colérica ¿cómo dejaremos á merced de ella á un pobre desventurado que no puede defenderse ni quejarse? Nunca, en ningún asunto, pueden ser buenos los malos para cosa buena.

Es, pues, muy importante la acertada elección de la nodriza, que no debe tener su hijo de leche otra ama que ella, como no ha de tener más preceptor que su ayo. Este era el estilo de los antiguos, menos argumentadores y más sabios que nosotros. Cuando habían dado el pecho á criaturas de su sexo, nunca las desamparaban, y por eso en sus piezas teatrales son nodrizas la mayor parte de las confidentas. Imposible es que un niño que sucesivamente pasa por tantas manos distintas, salga bien educado. A cada variación hace secretas comparaciones que siempre paran en disminuir su estimación á los que le dirigen, y por consiguiente, la autoridad que sobre él tienen. Si llega una vez á persuadirse de que hay personas adultas que no tienen más razón que las criaturas, todo se ha perdido, y no queda esperanza de buena educación. No debe un niño conocer más superiores que su padre y su madre; y á falta de estos su nodriza y su ayo, y todavía uno sobra; pero es inevitable esta partición; lo único que para remediarla puede hacerse, es que las personas de ambos sexos que le dirijan, estén de tan buen acuerdo, que con respecto á él no sean más que uno.

Conviene que viva la nodriza con alguna más comodidad, coma manjares algo más sustanciosos, pero que no varíe enteramente de método de vida, porque

una pronta y total mudanza, aun cuando sea de mal en bien, siempre es peligrosa para la salud; y puesto que su acostumbrado régimen la ha constituido ó la ha mantenido sana y robusta, ¿á qué hacerse variar?

Las aldeanas comen más legumbres y menos carne que las vecinas de las ciudades; este régimen vegetal parece más propicio que contrario para ellas y las criaturas. Cuando tienen hijos de leche, de la ciudad, hacen que coman el cocido, persuadidas de que la sopa y el caldo de carne forman mejor quilo y dan más leche. No soy yo en manera alguna de este parecer, y tengo la experiencia en mi abono, la cual nos dice que los niños criados de este modo están más sujetos á cólicos y á lombrices que los demás. Esto no es extraño, puesto que la sustancia animal, cuando se pudre, se llena de gusanos; lo que no sucede con la vegetal. La elaborada aunque en leche, en el cuerpo del animal, es sustancia vegetal (1); así lo demuestra el análisis de ella; se acceda con facilidad; y en vez de dar señas ningunas de álcali volátil, como las dan las sustancias animales, deja, como las plantas, una sal neutra esencial.

La leche de las hembras herbívoras es más dulce y sana que la de las carnívoras; formándose con una sustancia homogénea á la suya, conserva mejor su naturaleza, y está menos sujeta á la putrefacción. Atendiendo á la cantidad, todos saben que los farináceos hacen más sangre que la carne, y también deben dar más leche. No puedo creer que un niño que no fuese destetado antes de tiempo, ó que lo fuese con alimentos vegetales, y cuya nodriza solo comiese vegetales, padeciese nunca de lombrices.

Posible es que los alimentos vegetales den una leche que más presto se avinagre, pero estoy muy lejos de mirar la leche avinagrada como alimento pernicioso; pueblos enteros que no usan otro, viven muy sa-

(1) Las mujeres comen pan, legumbres y lacticinios, las perras y las gatas comen lo mismo, y hasta las lobas pastan. Buscan jugos vegetales para su leche. Falta examinar la leche de las especies que no pueden alimentarse más que con carne, si hay alguna de estas, cosa que dudo mucho.